

GASPAR NUÑEZ DE ARCE

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA).

LA
SELVA OSCURA

POEMA.

QUINTA EDICION.

MADRID:

LIBRERÍA DE MARIANO MURILLO, | LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ,
CALLE DE ALCALÁ, NÚM. 7. | CARRERA DE S. JERÓNIMO, 2.

1880.

HESPERIA
LIBROS HISPANICOS
ZARAGOZA
ESPAÑA

DGCL

A

LA SELVA OSCURA.

c. 1167960

t. 134200/

SEIVA OSCURA

LA SEIVA OSCURA

L-12v17
GASPAR NUÑEZ DE ARCE

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA).

LA
SELVA OSCURA

POEMA.

—
QUINTA EDICION.
—

MADRID:

LIBRERÍA DE
MARIANO MURILLO,
CALLE DE ALCALÁ, NÚM. 7.



LIBRERÍA DE
FERNANDO FÉ,
CARRERA DE S. JERÓNIMO, 2.

1880.



ADVERTENCIA.

Por si acaso el público, inclinado siempre á buscar el sentido y á medir el alcance de las obras que lee, desea conocer la tendencia moral, tal vez demasiado velada, de este nuevo *Poema* que le ofrezco, voy, en pocas palabras, á satisfacer su curiosidad, exponiendo el pensamiento á que he obedecido, y que temo no haber acertado á expresar con la claridad debida.

En el simbólico amor de Dante á Beatriz, que resiste no sólo á las amarguras de la existencia, sino á la oscuridad de la muerte, y que abre tan vastos horizontes á la imaginacion, al sentimiento y á la sabiduría del excelso poeta florentino, descubriéndole los más terribles misterios, he intentado representar la constante aspiracion á lo desconocido y lo infinito, que anima al hombre, sirviéndole de poderoso estímulo para acometer las más altas empresas, y sin la cual su razon sería sólo una fuerza

sin objeto, él, un cadáver ambulante, y la sociedad confusa y desordenada muchedumbre.

Hoy que bajo el peso del desengaño, de la contradicción y de la duda, tantos ideales desaparecen, bueno es repetir un día y otro á las almas escépticas ó fatigadas, que es imposible vivir sin alguno, y que, áun cuando desgraciadamente se comprobaran y resultasen verdaderas las tristes negaciones de una filosofía desesperada y vencida por el tedio; áun cuando se demostrara que todo en la vida y en la conciencia es ilusion, sueño y sombra, el mundo no se conformaría con esta dolorosa y estéril certidumbre, y haría bien en no conformarse, ¿porque adónde iría sin luz, sin esperanza, sin libertad y sin Dios?

Todos debemos, pues, tener fija en nuestro espíritu la radiante imágen de una Beatriz inmortal, única señora de nuestros pensamientos, que nos conforte en la tribulacion, nos ampare en la lucha y nos dé valor en las horas de desmayo. Si la noble aspiracion que vive y alienta en nuestros corazones es realizable, nunca dejemos de rendirle culto; y si, por desdicha, no es más que un sueño... ¡oh! entónces ¡tristes de nosotros! procuremos no despertar.

Madrid 20 de Mayo de 1879.

G. NUÑEZ DE ARCE.

LA SELVA OSCURA.

CANTO I.

DANTE.

*Al bajar la pendiente de la vida,
me hallé de pronto en una selva oscura
agreste y sin vereda conocida (1).*

Turbado y lleno de mortal pavor,
seguí marchando á tientas y sin tino
al través de la lóbrega espesura.

Brisa otoñal, en raudo remolino,
las hojas de los árboles movía
y alfombraba con ellas mi camino.

No sé por qué mi corazón creía
que con las mustias y amarillas hojas
llevaba el viento la esperanza mía.

Dejando impresas las señales rojas
de mis desnudos piés ensangrentados,
y avanzando entre sustos y congojas,

intenté ver si por opuestos lados
fácil salida al laberinto hallaba,
y venturoso fin á mis cuidados.

Pero á medida que en la selva entraba
iba siendo su aspecto más salvaje,
y más profusa, impenetrable y brava.

¡Cuántas veces el áspero ramaje
hiriéndome, al pasar, con golpe rudo,
me arrancó sordo grito de coraje,

sin que templaran mi dolor agudo
ni el silencioso bosque, ni el sombrío
cielo, ni el eco á mis clamores mudo!

Asaltóme el terror, y á pesar mío
volcóse mi asombrado pensamiento,
como se vuelca el ánfora de un río,

poblando, en su febril desbordamiento,
de monstruos la espesísima arboleda
y de rumores el callado viento.

Tibio fulgor, cuyo recuerdo aún queda
fijo en el alma, del tropel liviano
iluminaba la bullente rueda,

cual la luz que en las noches de verano
serpentea con lívido destello
sobre la sepultura y el pantano.

Tenaz angustia se enroscó á mi cuello
y conturbó mi juicio de tal modo,
que de pavor se me erizó el cabello.

Desvanecido ya, ciego del todo
y acometido por las sombras, iba
tropezando doquier como un beodo,

hasta que al fin, agitacion tan viva
rindió mis fuerzas y caí, cual duro
roble, que el huracan troncha y derriba.

Cuánto, en el bosque tétrico y oscuro,
postrado estuve y frío como el hielo,
inútilmente recordar procuro.

Sé que al volver en mí con hondo anhelo,
desesperando del auxilio humano,
alcé los brazos y la vista al cielo;

que busqué en mi memoria de cristiano
la fe de mi piadosa adolescencia,
y que pugué por alcanzarla en vano.

¡Oh cielo, que alumbraste mi inocencia
de candorosas ilusiones lleno
en tu infinita y pura transparencia!

¡Oh cielo azul, espléndido y sereno,
patria inmortal del ánimo que aspira
á dilatarse en tu profundo seno!

¡Cuánto has cambiado para mí!... ¡Mentira!
 Tú no cambias jamás. ¡Siempre tu esfera
 es del color del alma que la mira!

—¿Por qué se asusta el ave pasajera
 que con vuelo imprudente y atrevido
 á incógnita region partió ligera,

si cuando torna al bosque en que ha nacido,
 tal vez arrepentida y fatigada,
 no encuentra ya su abandonado nido?—

De pronto, traspasando la enramada
 sin conmover las hojas, como suave
 rayo de luna en noche sosegada,

llegó un anciano á mí pausado y grave,
 mostrando la serena compostura
 que sólo en almas superiores cabe.

Prestaban majestad á su figura
 el lauro de oro en la anchurosa frente,
 y la talar y roja vestidura.

Avanzó con el firme continente
de quien no cede á la pasión tirana,
ni el torpe miedo del peligro siente,

rasgando con su vista soberana
la densa oscuridad, como avezado
á penetrar en la conciencia humana,

y á ver hasta en el pecho más cerrado
la insomne incertidumbre del delito
y la muda vergüenza del pecado.

Mi respeto es mayor cuando medito
en su semblante rígido y severo
por las vigalias y el dolor marchito;

cuando animar con mis memorias quiero,
si no la noble imágen, el esbozo
de aquella ilustre sombra que venero;

de boca reprimida, extraña al gozo,
como empeñada en detener el paso
á justa maldición y hondo sollózo;

de aguilena nariz, de rostro raso
y enjuto, de mirada penetrante
como una espada, y tan temida acaso (2).

Lleno de admiracion vile delante
de mí, lloré, con voz conmovedora
grité, cayendo prosternado: — ¡Oh Dante! —

Y á este nombre la turba aterradora
de fantasmas huyó, cual los insanos
sueños al leve rayo de la aurora.

— Señor — tendiendo las crispadas manos
exclamé con afan: — préstame auxilio,
que me pierdo en tinieblas y en arcanos.

— Haré por tí cuanto en mi largo exilio —
— me contestó con reposado acento —
hizo por mí la sombra de Virgilio (3).

Será grande y terrible tu tormento
antes que el sol á iluminarte vuelva,
porque aquí se desgarrá el pensamiento.

Pero al amargo trance te resuelva
la sentencia fatal de que en la vida
todos pasamos por la *oscura selva*.

¡ Todos pasamos, sí! Y es á medida
que de su freno la razon se exime,
más angosta y difícil la salida.

Aquí se desespera, aquí se gime,
aquí se llora sangre, aquí el quebranto
de las pasadas culpas nos redime.

Aquí no tienen en su eterno espanto,
ni olor las flores, ni rumor las fuentes,
ni las medrosasavecillas, canto.

Ya verás, cuando avances, cómo sientes
bajo el tremendo golpe de la pena,
crujir tus huesos y chocar tus dientes.

Aquí el aire es infecto y envenena,
hiel el agua que bebes; aquí el hombre
llega á dudar de Dios y se condena. —

—¡Oh—receloso pregunté:—¿qué nombre tiene esta horrible selva en que me veo?
¿Á dó podré mirar que no me asombre?—

Y cuando así expresaba mi deseo,
sentíme herido de terror extraño,
como en presencia de su juez el reo.

—¿No has conocido ya para tu daño—
—respondióme el Maestro—que caminas
por la selva mortal del Desengaño?

¿No te lo han revelado la espigas
que ensangrientan tus piés, y el grave peso
de los recuerdos bajo el cual te inclinas?

No esperes que con lánguido embeleso
las jóvenes y alegres ilusiones
impriman en tu faz su ardiente beso.

No esperes que con himnos y canciones
aduerman tu virtud, ni con infames
halagos den calor á tus pasiones.

Es inútil que grites y derrames
 el llanto acerbo que tu rostro escalda.
 ¡Huyeron! No vendrán, aunque las llames.

Cuando tocamos en la agreste falda
 de la vejez, impuras meretrices,
 todas nos vuelven con desdén la espalda.

¡Ay! Bienaventurados y felices
 los que al llegar al término forzoso
 que con estéril cólera maldices;

cuando por todas partes el frondoso
 bosque, sus pasos embaraza y cierra,
 y no encuentran la dicha ni el reposo;

cuando, como despojos de la guerra,
 van dejando en la linde del camino
 las raudas alegrías de la tierra,

y el hombre, fatigado peregrino,
 hácia el mudo sepulcro avanza á oscuras
 sin saber dónde va, ni por qué vino;

no pierden en las agrias cortaduras
del escabroso monte de la vida,
sino sus miserables vestiduras,

y llevan hasta el fin de la partida
la luz, que el mundo al infortunio niega,
en su propia conciencia recogida!

Esa luz, cuando el ánimo se entrega
á la insaciable duda, con su escaso
fulgor, si no le alumbra, no le ciega,

y semejante al sol en el ocaso,
no esparce ya la claridad del día,
pero á la negra noche estorba el paso.

Tenue es su resplandor; mas él nos guía
cuando abatido el corazon despierta
en la intrincada y azarosa vía.

¡Triste de aquel que á conservar no acierta
viva esa luz, y arrastra desolado
al través de la vida el alma muerta!

Que es como el asesino condenado
á marchar siempre, en lobreguez envuelto,
con su inocente víctima cargado.—

— ¡ Oh Dante! — preguntéle apénas vuelto
de mi estupor.— Y tu pasion, aún vive?—
— ¡ Vive, y no morirá! — dijo resuelto,

Con mayor fuerza su impresion recibe
mi espíritu inmortal, hoy que no siente
deleznable interes que le captive.—

Dijo, dobló la pensativa frente,
guardó silencio, y sin hablar marchamos
largo trecho por la áspera pendiente.

Delante de él los retorcidos ramos
de corpulentos árboles se abrían,
y sin molestia ni dolor pasamos.

Pero despues con ímpetu volvían
á entrelazarse como espesa malla,
y dijérase á veces que gemían,

ó que surgía de la inculca valla
que tras nosotros se cerraba, el ruido
temeroso de un campo de batalla!

Súbito, con acento enternecido —
clamó alzando la frente:— ¡Oh casto sueño,
nunca logrado y siempre perseguido!

¡Oh Bēatriz, que con tenaz empeño
buscó en vida y en muerte! ¡Oh tú, que fuiste
y serás siempre mi imposible dueño!

¿Quién á su encanto celestial resiste?
¿Quién, sin amarla y someterse, mira
su faz á un tiempo esplendorosa y triste?

¿Quién por volver á verla no suspira?
¿Cómo olvidar su pudibunda sombra
si ante mí sin cesar irradia y gira?

Quando la humana confusion me asombra
y vacila mi fe, su imágen bella
con angélica voz me alienta y nombra,

y vamos ambos por la misma huella
 los círculos celestes recorriendo,
 ella en pos de la luz, y yo tras ella — (4).

— Padre — dije: — perdona si pretendo
 penetrar atrevido el hondo arcano
 de esa inmortal pasión que no comprendo.

Unió tu sentimiento soberano
 las excelencias del amor divino
 y las miserias del amor humano.

Á una mujer te encadenó tu sino
 y extático la amaste, hasta el momento
 en que la muerte á devorarla vino.

Cayó como la flor que troncha el viento;
 pero al perder su túnica terrena
 hirió con nueva luz tu entendimiento.

Sigues tras la vision que te enajena
 con incansable afán; mas ¿de qué modo
 obra en tí la pasión? ¿Es gozo? ¿Es pena?

¿Amas la carne vil? ¿Amas el lodo?
 ¿Ó bien la esencia incorruptible y santa
 del alma libre?—Y respondiome:— ¡Todo!

La eterna aspiracion que nos encanta
 y llega á Dios como impalpable nube,
 del fango de la vida se levanta.

Escala es de Jacob por donde sube
 nuestro dolor, en busca de consuelo,
 á las altas esferas en que estuve.

Es un gemido que remonta el vuelo
 á la excelsa region de la esperanza,
 es la nostalgia mística del cielo.

— Señor —repuse:— mi razon no alcanza
 á entender los misterios que me dices,
 y más se ofusca, cuanto más avanza.

— Sabrás, sin que tu ingenio martirices,
 lo que tu mente conocer no pudo.—
 Y así hablando, sentóse en las raíces

salientes y rugosas de un desnudo
tronco, fantasma de la selva umbría,
ante el cual desbordado, pero mudo,
ancho río de lágrimas corría.

CANTO II.

BEATRIZ.

Con su profundo pensamiento fijo
en más prósperos tiempos y lugares,
Dante Alhigieri suspirando, dijo:

— ¡Recordar es vivir! Paternos lares,
sueños de amor, quiméricos anhelos,
rápidos goces, íntimos pesares,

luchas de la ambicion, traidores celos,
sorda inquietud del alma que se pierde
sin hallar el camino de los cielos;

horas de insomnio en que voraz nos muerde
la duda el corazon, breve alegría,
¡desgraciado de aquel que no os recuerde!

La memoria es el faro que nos guía
por el humano mar embravecido,
desde la cuna hasta la tumba fría.

¿Dónde la vida está del que ha tenido
la lobreguez del porvenir delante,
si deja tras sus pasos el olvido?

¡Ay! Ya que ignore el pobre navegante
el puerto á donde va, conozca al ménos
los que ha tocado, náufrago y errante.

En los días alegres y serenos
de mi fugaz y hermosa primavera,
á la malicia y el engaño ajenos,

fué cuando B  atriz, que tambien era
niña inocente, en noble hogar nacida,
rindió mi voluntad por vez primera.

  Qu   fuerza superior, nunca sentida,
pudo unirnos con lazo tan estrecho
en los castos albores de la vida?

Resguardaba la infancia nuestro pecho,
como resguarda    la ciudad el muro
contra torpe invasor, siempre en acecho.

Nuestra mútua ignorancia era un seguro
inexpugnable, misterioso y santo,
cerrado    todo pensamiento impuro.

  C  mo ceder pudimos al encanto
de una pasion, en la niñez ignota,
y cómo en nuestras almas creció tanto?

  No viste el manantial que gota    gota
la pe  a horada, y rumoroso emprende
su curso desde el risc   en donde brota,

que va creciendo al paso que desciende,
 hasta que al fin con desatado brío
 por la vega sus márgenes extiende?

Pues decir puedo que su amor y el mío
 aumentaron también con la distancia,
 como el arroyo al transformarse en río.

Aquel dulce cariño de la infancia
 encerró mi ventura, como encierra
 el virginal capullo su fragancia.

Hasta creo, y mi espíritu se aferra
 á tan grata ilusión, que desde el cielo
 amándonos bajamos á la tierra.

Bien sé que cubre impenetrable velo,
 negro como la noche, la memoria
 de las gemelas almas sin consuelo,

que durante su estancia transitoria
 por nuestro valle de dolor, olvidan
 su edén perdido y su pasada gloria.

Mas Dios permite á veces que coincidan
en un mismo recuerdo, y se den cuenta
de los misterios que en su fondo anidan.

Es fugitiva ráfaga que ahuyenta
las sombras de su mente, como el rayo
rompe la oscuridad de la tormenta.

Hoy que mi vista inmaterial explayo
en plena luz, desde la excelsa cumbre
á dó llegué tras mi postrer desmayo,

mi duda se convierte en certidumbre,
y sé que fuimos al cruzar el mundo
como dos chispas de la misma lumbre.

¿Dónde amor más patético y profundo
que el nuestro encontrarás, ni cuál ha sido
tan tímido, callado y pudibundo?

Siempre mi pensamiento confundido
llegó sin voz hasta los piés de aquella
que me robaba el alma y el sentido.

Jamás oyó la cándida doncella
concepto alguno, que asomar los rojos
matices del pudor hiciese en ella.

Mis penas, mis afanes, mis antojos,
mis secretas zozobras expresaba
con el mudo lenguaje de los ojos,

y sin hablar, sin que mi lengua, esclava
de ruín temor, se aventurase al ruego,
ella mi puro amor adivinaba.

Postrábame mortal desasosiego
ante la majestad de su hermosura
que me dejaba trastornado y ciego.

Pero despues cuando la noche oscura,
de rutilantes astrós coronada,
excitaba mi fiebre y mi locura;

cuando solo en mi hogar, con la mirada
fija en el ancho espacio tenebroso,
do esplendía la imágen de mi amada,

buscaba en el silencio y el reposo
lenitivo á mi mal ¡cuán tristes quejas
exhalaba mi pecho congojoso!

Como al panal acuden las abejas,
volaban á Beatriz mis pensamientos
al través de los muros y las rejas,

y en la noche callada, en los momentos
en que soltaba sus cabellos de oro,
turbaban su quietud vagos acentos.

Era quizás que en invisible coro
mis ardientes suspiros á su lado
revolaban diciéndole: — ¡Te adoro! —

Alguna vez en mi infeliz estado
la voz del corazón secreta y honda,
gritábame: — ¡Valor! que eres amado;

mas no cobarde tu pasión se esconda,
ni quieras que la vírgen inocente
á tu silencio, impúdica, responda.

Entónces, llena de ilusion la mente,
de Bëatriz á la mansion cercana
animoso corría y diligente.

Pero al llegar al pié de su ventana,
confuso y sin valor retrocedía
diciendo: — ¡Es pronto! Volveré mañana. —

Y no lució jamás propicio el día
para mi amor, que atormentado y preso
en mí, como un Titan, se revolvía.

Quizá sin la flaqueza que confieso,
se fundieran en éxtasis divino
nuestras dos existencias en un beso.

Mas ¡ay! que un día inesperado vino
á dejarme la muerte pavorosa
solo y triste en mitad de mi camino.

Aquella faz purísima y hermosa
que formaron en hora afortunada
la nieve en competencia con la rosa;

aquella casta frente, urna sagrada
de virtud y de amor, aquellos ojos
claros como la luz de la albórada;

aquel seno gentil, aquellos rojos
labios, que con su púdica sonrisa
templaban el rigor de mis enojos;

aquella voz que trémula, indecisa,
llegaba á mí, como lejano canto
de la noche, en las alas de la brisa;

todo al compás de mi abundoso llanto,
pasó ante mí como fugaz centella,
y aún pienso en aquel día con espanto.

La muerte misma la encontró tan bella,
que al trasplantarla á mundos superiores
su hálito destructor no imprimió en ella.

Yo la ví á los siniestros resplandores
del blanco cirio, al parecer dormida,
la sien orlada de olorosas flores,

y en su apacible faz descolorida
posé temblando un ósculo... ¡el primero
y único beso que le dí en mi vida!

¡Ay! como pude resistir al fiero
y rudo embate de tan dura prueba,
ni lo he sabido, ni saberlo quiero,

porque el pesar que amortiguado lleva,
mas no extinguido el corazon, es llaga
que al calor del recuerdo se renueva.

Bajo el influjo de mi suerte aciaga
caminaba al azar y sin concierto,
como loco infeliz que absorto vaga.

El mundo estaba para mí desierto,
sin luz el sol, naturaleza muda,
y yo no acongojado, sino muerto.

Porque no vive el alma que desnuda
de todo bien, frenética se lanza
en los negros abismos de la duda.

¡Cuán desgraciado fuí! Mas ¿dó no alcanza
la clemencia de Dios que nos envía
tras la sorda tormenta la bonanza?

Una noche de insomnio y agonía
en que arrastrado por la indócil ola
del dolor, retorciéndome gemía;

cuando más ciega, abandonada y sola
pugnaba mi razón contra la pena
en que la fe del hombre se acrisola,

la imagen de Beatriz dulce y serena
apareció á mis ojos de improviso,
de celestiales resplandores llena.

Dios de mis ansias apiadado, quiso
poner fin á mi inmensa pesadumbre
con aquella Vision del Paraiso.

Rodéada de ráfagas de lumbre
y envuelta en su flotante vestidura,
sin mancha como nieve de la cumbre,

bajó hasta mí la virginal figura,
para alumbrar mi espíritu sombrío
con un rayo de angélica ternura.

Tres veces, en mi loco desvarío,
convulso incorporándome en el lecho,
quise abrazarla, y abracé el vacío,

y de su imagen al través, deshecho
en un raudal de lágrimas, tres veces
sentí caer mis brazos sobre el pecho.

—El cielo, oyendo tus continuas preces,
—exclamó la Vision— volverte anhela
el perdido reposo que apéteces,

y torno á tí, como afanosa vuela
el ave errante al silencioso nido
donde el esposo sin ventura, vela.

Porque en el seno de la gloria ha sido,
pensando en tu afliccion, triste mi estancia,
y turbaba su paz con mi gemido.

Cediendo compasiva á tu constancia,
que no pudieron quebrantar la suerte,
ni el tiempo, ni el rigor, ni la distancia,

como en debido premio acudo á verte
y por órden altísima te digo
que tu amor ha triunfado de la muerte.

Con luz del cielo á esclarecer me obligo
tu espíritu gigante, y por doquiera
que vayas, siempre me verás contigo.

Cuando sigas la senda verdadera,
— ¡Avanza! — te diré — que el bien nos guía ; —
y cuando empieces á dudar: — ¡ Espera! —

Y tu alma, en mi amorosa compañía,
subirá más porque tendrá dos alas
para elevarse á Dios: tu fe y la mía.

Vestiré para tí nupciales galas,
seré tu esposa mística, y mi mano
te sostendrá en el mundo, si resbalas.

Te mostraré lo incógnito, lo arcano,
tu mente llegará donde no pudo
llegar jamás el pensamiento humano,

y unida á tí por invisible nudo,
en las recias batallas de la vida
tú la espada serás y yo el escudo.—

Esto dijo, y su voz siempre querida,
vibró en mi corazon, como las notas
de un arpa por los ángeles tañida.

Despertaron en mí fuerzas ignotas:
sentí al impulso de su acento tierno
las ligaduras de mi carne rotas,

y trasasé las puertas del *Infierno*,
y con espanto ví de los precitos
la fiera angustia y el suplicio eterno;

y horripilado percibí los gritos
que arrancaba á las almas pecadoras
la tremenda expiacion de sus delitos.

Y cuando en aquel antro sin auroras,
 cerrado para siempre á la esperanza,
 donde son siglos de dolor las horas,

invencible y tenaz desconfianza
 sujetaba mis piés, ó el terror ciego
 que nunca el hombre á dominar alcanza,

Virgilio, mi mentor, uniendo al ruego
 el nombre de Beatriz, romper me hacía
 olas de sangre y límites de fuego (5).

Mas no tan sólo en la region sombría
 del llanto penetré: siempre guiado
 por mis sueños de amor y poesía,

subí tambien al círculo apartado
 donde las almas con ferviente anhelo
 esperan el perdon de su pecado;

y léjos ya de la mansion del duelo,
 visité, libre de temor impuro,
 las esferas espléndidas del cielo.—

Dijo Dante, y alzándose del duro
tronco, emprendió de nuevo la jornada
con ánimo resuelto y pié seguro.

Yo, en lucha misteriosa y prolongada
con el mudo tropel de mis ideas,
al través le seguí de la enramada.

De repente exclamó:— ¡Bendita seas,
santa ilusión que nuestra pobre vida
dignificas, levantas y hermo seas!

Sin tí, nuestra conciencia sumergida
en tenebroso y perdurable encierro,
gimiera en un abismo sin salida.

Sólo por tí, mi voluntad de hierro
pudo sufrir la adversidad terrena
y no morir de angustia en el destierro.

Sostenido por tí, subí sin pena,
pero no sin orgullo, los peldaños
tan tristes ¡ay! de la escalera ajena.

Y en la rauda corriente de mis años,
soporté con firmeza soberana
la injusticia de propios y de extraños.

¡ Ay! Si al hundirme en la miseria humana,
no columbrara en lontananza el puerto
y la costa segura, aunque lejana;

si en medio del mundano desconcierto
no hubiese á veces mi razon confuſa
entrevisto el oasis del desierto;

privado de la paz que no rehusa
á las almas la fe, tú hubieras sido
¡ oh desesperacion! mi única Musa.—

Yo seguía escuchando embebecido
las austeras palabras del Maestro,
mi pasada inquietud dando al olvido.

El bosque, á cada instante, más siniestro
se presentaba, y la escabrosa ruta
más estrecha y hostil al paso nuestro.

Paró por fin mi marcha irresoluta,
 salvando de improviso los abrojos
 que la boca cerraban de una gruta,

feroz pantera, cuyos anchos ojos
 relucían inquietos en la densa
 oscuridad, como carbones rojos.

Rasgando el aire con su voz inmensa,
 cual si estuviese contra mí en acecho,
 descuidado cogióme y sin defensa.

Su aguda zarpa destrozó mi pecho,
 grité azorado, y á mi propio grito
 desperté, revolcándome en el lecho.

— ¡Luz, dadme luz! — clamé con infinito
 afan, con el afan del moribundo
 á quien mira su culpa de hito en hito.

— Sin el vivo calor, sin el fecundo
 rayo de la ilusion consoladora,
 ¿qué fuera de la vida y qué del mundo?

¡Léjos de mí las sombras que á deshora
llenan de espanto la conciencia humana! —
Y al decir esto, penetró la aurora
en torrentes de luz por mi ventana.

FIN.

NOTAS.

Este terceto es casi traducción de aquel tan conocido con que Dante empieza su *Divina Comedia: Nel mezzo del camin di nostra vita*, etc. He puesto al frente de mi trabajo estos versos del ilustre poeta florentino, movido por un sentimiento de respeto á su gloriosa memoria, como el pobre hidalgo de lugar, que ha venido á ménos, y ya nada vale ni significa, conserva, sin embargo, con religioso amor, en la portada de su ruinosa casa solariega, el antiguo escudo señorial.

Mi poema da principio en la *negra selva*, en que al rayar en la mitad de la vida, supone Dante haberse hallado de improviso, apartado del camino recto; y su sencilla accion se desenvuelve en el lugar y el espacio que median desde que él se encuentra inesperadamente en el bosque espantoso, hasta que le asalta una pantera, interceptándole el paso.

Siguiendo el simbolismo de Dante, aunque sin la seguridad de haber acertado en la interpretacion, he representado en la *oscura selva* esa triste edad de la vida, próxima á la vejez, en que las ilusiones y esperanzas

caen marchitas del corazón, como las hojas secas de los árboles, arrancadas por el viento de otoño, y en que la vegetación del alma,—permítaseme la metáfora, aunque peque de atrevida,—es decir, la renovación de sus afectos perdidos y de su dicha soñada es muy difícil, cuando no del todo imposible.

2.³

Dante, cuyo retrato he procurado trazar en estos versos, acercándome al más parecido que de él se conserva y que, si no estoy trascordado, es obra de Domingo de Michelino, nació en Florencia el año de 1265, y era descendiente de una antigua familia güelfa. Desde muy jóven, fiel al partido que habían abrazado sus padres, sirvió á la República en magistraturas y embajadas, y combatió por ella en Capaldino y en Caprona. Las divisiones de los güelfos y las vicisitudes de su patria, le llevaron al destierro, y en él murió cerca de Ravena, en 1321.

Hombre de carácter firme y entero, se resistió constantemente, á pesar del vivo y natural deseo que le agujoneaba de volver á Florencia, á dar para conseguirlo, paso alguno humillante y vergonzoso. Habría podido regresar á su patria, donde ya, como en toda Italia, era célebre y admirado, si hubiera querido prestarse á las dos condiciones que le imponían: el pago de una multa módica y la sumisión á varias ceremonias religiosas que envolvían una especie de retractación; pero Dante se negó diciendo que si para entrar en Florencia no había otro camino, renunciaba para siempre á volver á su país natal. Y en efecto, ántes que

acceder á lo que se le exigía, prefirió andar errante hasta el fin de su vida por Francia é Inglaterra, y principalmente por diversas ciudades de Italia, aprendiendo por experiencia propia cuán amargo es el pan que de otro se recibe y cuán triste es subir la escalera ajena.

*Come sa di sale
lo pane altrui é com' e duro calle
lo scendere é il salir per l' altrui scale.*

PARAÍSO, canto XVII.

Dante, con el trascurso del tiempo, sufrió un cambio radical en sus opiniones políticas. Empezó siendo güelfo y concluyó gibelino. Amaba ardientemente la libertad de Florencia; pero avergonzado del repugnante espectáculo que entónces ofrecían los mil tiranuelos que desgarraban el seno de las repúblicas italianas, no creía posible ni segura la libertad, sino bajo el amparo y predominio del emperador de Alemania. La profunda trasformacion por que habían pasado sus ideas, aparece claramente en su libro de *Monarchia* y en los cantos VI y VII del *Purgatorio*.

3.^a

Virgilio es el mentor del gran poeta italiano en su viaje por el *Infierno*, y no le abandona ni se separa de él sino á la entrada del *Paraíso*. Cuando penetran ámbos en el primer círculo de la mansion del espanto, donde están suspendidas encima del abismo las grandes sombras de la antigüedad, Beatriz desciende á ellos desde las alturas del cielo, y dirigiéndose á Virgilio, le pide

que defienda y guíe á aquel á quien ella llama con suavísimo acento: *l'amico mio*. De esta suerte, y por medio de alegoría tan delicada, el Amor pone á Dante bajo el amparo de la Poesía.

4.^a

Nueve años había cumplido Dante, cuando estando un día de Mayo en la morada de un amigo de su padre, de la familia de los Portinari, vió por primera vez á Beatriz, hija del dueño de la casa, que tenía once meses ménos que el egregio poeta y que había de ser la inagotable fuente de su inspiracion. «Al aparecerse á mis ojos con nobilísimo aspecto—refiere Dante en su *Vita nuova*—vestida de color rojo, humilde y honesta, ceñida graciosamente y cual convenía á sus tiernos años, el espíritu vital que reside en lo más escondido del corazón, comenzó á latir con gran fuerza en mi pecho, y recibí honda impresion todo mi sér cual si yo interiormente me dijera: hé aquí una criatura superior á mí que viene á imponérseme.» Este amor prematuro que han sentido también otros grandes poetas, y casi en nuestros tiempos lord Byron, enamorado en la infancia de una niña de su misma edad, nunca perdió en Dante el carácter de ideal y contemplativo que debía conducirle á la austeridad y á la gloria. A los nueve años de esta primera entrevista, es decir, cuando él tenía diez y ocho y Beatriz diez y siete cumplidos, volvió á ver á su amada en compañía de dos gentiles damas de más edad que ella, «vestida de blanquísimá túnica.» Saludóle dulcemente, lo cual trasportó al poeta á los últimos términos de la beatitud, y como oyese entónces por vez primera el timbre de su voz, em-

bargóle tan viva turbación — según él mismo cuenta — que retirándose á un rincón oscuro de su estancia, se entregó á los más tiernos pensamientos de gratitud y amor. Algunos años después encontróla de nuevo en su camino; pero herida Beatriz por la sospecha de ciertos juveniles devaneos que se le atribuían, al pasar cerca de él, le negó el saludo, cuyo desvío produjo tan intenso dolor en el ánimo del poeta «que huyendo de las gentes regó la tierra con llanto amarguísimo y quedó largo rato como aletargado.»

No referiré todos los incidentes de la vida íntima de Dante, porque no caben en los estrechos límites de una nota, y porque siendo además muy conocidos, no son necesarios para la inteligencia de mi poema. Baste decir que tímido é irresoluto, quizás por la potencia misma de su contenida pasión, jamás pudo ver á Beatriz sin sentirse profundamente alterado. Cierta día, habiéndola hallado impensadamente en casa de unas amigas, le asaltó tan extraordinario temblor y quedó tan fuera de sí, que las damas conocieron su secreto, y aumentaron su confusión con maliciosas sonrisas y cuchicheos.

Así pasaron los años, sin que hubiera mudanza alguna en los sentimientos de Dante, hasta que Beatriz murió en la flor de su edad, el 2 de Julio de 1290. El dolor del poeta no tuvo límites; la ciudad de Florencia, desprovista de cuanto constituía su encanto y esplendor, le parecía una viuda. Escribió sentidas poesías á la santa memoria de Beatriz, en su alabanza y glorificación, impregnadas del espíritu místico y simbólico que es uno de los rasgos más característicos de su genio, hasta que un día tuvo una visión maravillosa, cuyos pormenores calla, y en la cual, según dice en la *Vita nuova* «fué testigo de

cosas tales, que formó el propósito de guardar silencio sobre todo lo concerniente á aquella alma bienaventurada, mientras no pudiese hablar en términos dignos.» «Para lograrlo, añade, he estudiado sin cesar, y espero decir de ella lo que no se ha dicho jamás de otra alguna.»

De este modo anuncia, catorce ó quince años ántes, su poema del *Infierno*, el *Purgatorio* y el *Paráiso*, lleno todo él de Beatriz, que despues de muerta siguió siendo, como había sido en vida, dueño absoluto del alma del poeta.

La relacion de estos castos é inmortales amores, cuyo sentido alegórico ha dado siempre márgen á curiosas y profundas interpretaciones, sirve de base, como verá el lector, á mi poema *La Selva oscura*, y singularmente á su segundo canto.

5.^a

Dante, á quien, como he dicho en otra nota, acompaña Virgilio en su peregrinacion por el *Infierno*, y luégo Estacio, poeta cristiano, que se une á ellos y no los deja hasta la salida del *Purgatorio*, tiene siempre presente la idea ó la imágen purísima de Beatriz, á cuyo nombre, con frecuencia invocado, se allanan ó desaparecen los obstáculos que encuentra en su marcha. Cuando en el canto xxvii del *Purgatorio*, halla delante, cerrándole el paso, una muralla de fuego, Dante retrocede espantado; pero Virgilio le dice: «Mira, hijo mío, que esa muralla se interpone entre Beatriz y tú.»

*Or vedí, figlio,
trá Beatrice é te é questo muro,*

y al oír esto, se arroja sin vacilar en medio de las llamas.

Siéntese sofocado por el calor del mar de lumbre que le envuelve, y entónces el glorioso poeta latino háblale de nuevo de Beatriz para confortar su espíritu atribulado, diciéndole estas tiernas y consoladoras palabras: «Ya me parece que estoy viendo sus ojos.»

Gli occhi suoi già veder parme.

Traspuestas las dos mansiones del dolor, el *Inferno* y el *Purgatorio*, Beatriz es la única que conduce á Dante, y quien le arrebatá de círculo en círculo para que guste de los celestiales goces é inefables alegrías del *Paraíso*.

El presente es un documento de carácter confidencial y su contenido no debe ser divulgado a terceros. Toda infracción de esta naturaleza será sancionada de acuerdo a lo establecido en el artículo 172 del Código Penal. Este documento es propiedad de la empresa y debe ser devuelto al finalizar el uso.

El presente es un documento de carácter confidencial y su contenido no debe ser divulgado a terceros. Toda infracción de esta naturaleza será sancionada de acuerdo a lo establecido en el artículo 172 del Código Penal. Este documento es propiedad de la empresa y debe ser devuelto al finalizar el uso.

